

Poemas del libro póstumo de J. Debravo: "Los Despiertos"



JORGE DEBRAVO

La Editorial Costa Rica pondrá a la venta en los próximos días el libro póstumo de Jorge Debravo intitolado "Los despiertos" que, entre otros aspectos, son poemas que cantan contra el espectro de la muerte. Y lo curioso de esa se lección de poemas es que viera la luz pública precisamente cuando su autor yace entre las sombras del más allá.

"Los despiertos", la última poesía de Jorge Debravo, se publica como libro póstumo, epílogo y síntesis de toda su obra en que el poeta de pies y espíritu campesinos, hondamente terrenal y tremendamente hu-

mano, se abraza a su pueblo y a su tiempo, y testimonia una vez más su amor al combate por la justicia, la fraternidad y la paz; su odio al odio, la guerra, la sordidez social; su amor al amor. Este libro contiene —hermosa casualidad premonitrice de la muerte prematura del poeta— su testamento—ideológico, declaración precisa y clara de su posición de hombre entre hombres y de poeta combativo y combatiente, con la que Debravo se plantaba, firme y de pie como los cedros de Turrialba, para resistir a su patria y a su gente con sus cálidos y bravos y tan humanos acentos.



Estación

Nos han cambiado el sudor por el corazón de un barco.

Por el napalm y la bala nos han cambiado el abrazo.

Nos han cambiado el amor por un puñado de uranio.

Nos han cambiado los ojos por un radar amaestrado.

Y nos han cambiado el padre y el hijo por el soldado.



Territorio de muerte

Rojas están las manos. La guerra anda por dentro de las manos arando. La guerra anda en nosotros buscándonos lo humano, derribándonoslo.

¡Ah, cómo pesa ahora la guerra entre los ojos! Cómo dulce en la córnea su gran lámpara roja. Su golpe de metal en las rodillas. Su herida indestructible en nuestra boca.

La guerra está de pie en el centro del hombre. Algo nos remora siempre semillas de soldado. ¡Socórrenos amor! Estamos solos escuchando la muerte que nos ara las manos.



La carta

● El sobre sólo decía: Polar Licht. Bar Oasis. Limón.

● El chino no supo para quién era y lo puso ahí hasta que alguna de las muchachas lo reclamara, pero como ninguna lo hizo, supuso que la destinataria se habría ido a La Fortuna o a Almirante, o a cualquier parte, porque ellas siempre van y vuelven, hasta que un día se pierden de una vez por todas. Mientras están, se entienden con los marineros en ese su idioma universal mediante el cual unos y otros se comprenden, boca a boca y corazón a corazón. Son, mal que bien, "una mujer que espera", y ellos, allá en el mar, tienen un corazón de brújula con un norte en cada puerto. Al final hasta se llegan a querer a su manera, y las muchachas llegan a saber, mejor que las Agencias de Aduana, cuándo será el arribo de cada barco.

● Sólo Gina (se llamaba, como la Lollobrigida, aunque el bautizarla allá en Sarchí le pusieran Juana o Chepa) no sabía cuándo sería el arribo del suyo.

● Una noche llegó al Oasis, después de mucho no ir, a preguntarle si alguien sabía, o si había carta para ella.

● El chino la mandó a esperar en su caso, sin acercarse por el bar, porque su panza cada día más crecida le espantaba la clientela.

● Quiso insistir: —El me dijo que escribiera...

● El chino la cortó de una vez: —No calta. Vos espelá en casa. No volvel aquí.

● Salíó a la calle, otra vez a la lluvia de octubre. Sentía el agua esa noche más húmeda y más fría que nunca.

● Tres meses y nada... Pero él prometió escribir...

● Lo recordaba como si su partida hubiera sido la noche anterior. El y Gina se habían entendido en varias escalas de su barco, y en la última, ella había tomado su mano y poniéndola sobre la apenas crecida pancilla se lo dijo.

El se incorporó al momento en la cama y la miró serio.

— Kind; — preguntó — Kind de mi?

Quiso decir algo más, pero su idioma de Bar Oasis no le alcanzaba para tanto.

— Yo, Alexander, carpintero en Hamburg... Yo, neim barco más... Alexander volver madera... os, neim puta más... Hamburg nadie conoce vos; vos, Frau Alexander

Al empezar a internarse muellito adentro, Gina recordaba como, ahí mismo, él había prometido escribirle

Secándose el agua de la lluvia que le anegaba los ojos miró los barcos atracados. Ninguno era el suyo.

Caminó hasta el final del muelle y levantó la cara hacia la lluvia para mirar el cielo. ¡Qué noche perra... En una noche así, nadie vería el brillo de la Estrella Polar...

Tuvo un último recuerdo de la despedida. Sólo un detalle tonto:

— No bonito nombre tuyo. Mejor llamarte como barco mio: Polar Licht...

Vos, Polar Licht de Alexander...

Sonrió amarga, recordándolo, y se dejó caer al agua.

Como una piedra.

En el Oasis, el chino arrugó el sobre en la mano.

— Nadie reclama calta, calta a la basura. Y la tiró.

Potros

Dadme esa milenaria rebeldía con que mordéis el látigo, Como voostros quiero ser un dulce potranco.

Empapado de nubes galopar por la carne madura de los campos, lavado y puro, con la lluvia a cuestras, como leche de astros.

Sentir que el corazón —ancho, vivo y elástico— es un lomo mojado de potranco.

Lamer la luna que se acuesta siempre en las hojas desnudas de los pastos, y sentirse naciendo de un innúmero parto.

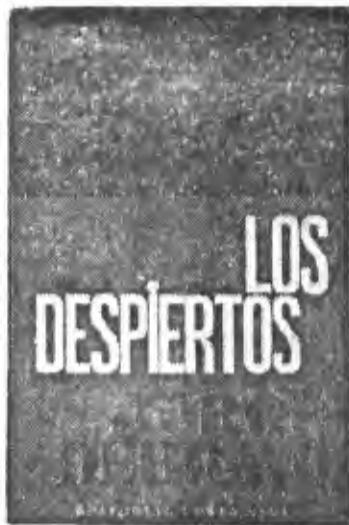
Y que el agua resuene en mi garganta —así les suena el agua a los potrancos— como un chorro de lunas, de guijarros y astros.



Nosotros

Oigo la sangre madurar. Escucho suaves pasos de dioses exiliados. La tierra está desnuda. Han matado el viento. La ciudad está escuchando sus voces más antiguas. Hay un peso de muerte sobre cada mano mía. He perdido la sed. Me han desterrado de todo lo que amo. Estoy hundido en algo como un vaho de milenios que se vuelve pared. El cielo es denso, como de barro oscuro. Las campanas me quieren recordar que aún no he muerto. ¿No he muerto? ¿Quién quiere asegurarme que estoy vivo? ¿Quién me viene a besar como se besa a los que viven? Oigo la soledad caer sobre la tierra enferma. Cada hombre es una absurda enfermedad sobre la tierra. Hoy, ayer, mañana, siempre, cada hombre es una enfermedad sobre la tierra.

Donde hubo huellas de hombre hay una piedra oliendo a sangre. Las ciudades huelen a sangre. Entre los muros se oye sangre. No hablemos otra vez de esta profunda huella de muerte que atraviesa el mundo. salgamos a cantar. Desamarremos estos barcos podridos para siempre. Entremos a la luz. Saquemos flores de nuestros viejos huesos fatigados, rompamos a los dioses, desatemos nuestra palabra, entremos a escuchar todo lo que debiéramos haber oído hace mil años. Ya no aguanta la sangre este castigo de andar venas. Libertemos la sangre. Somos dueños de ella y de nosotros y de todo. Libertemos la sangre. Libertemos nuestra propia caída. Algo, debajo de todo lo que duele y pesa y sangra, nos espera sonriendo. Yo estoy ciego, pero algo nos espera entusiasmado en medio de la muerte que nos vence. Algo. Quizá la muerte. Quizá el viento que hace rizos de luz sobre los muertos.



Territorio perdido

Demasiada esperanza hemos sembrado en el fondo del rifle. Cada paso nos sumerge los pies en muerte viva, con la que pretendemos crear tanto milagro.

Tambaleantes marchamos. La mirada se nos ha vuelto garfio. Y sin embargo, ¿en qué ciudades, cuándo nos hemos abrazado en lugar de arrojarnos la muerte en plena cara?

alguna vez en nombre de los niños, besamos alguna vez en nombre del trabajo?

Hemos colmado el aire de motores y pactos, y seguimos cargando y arrastrando la muerte, como si algo más tierno que la muerte fuera inútil, como si algo más tierno que el fusil no nos sirviera para hornear un pan o cultivar un árbol.



Sorpresa

Hoy he entrado en un modo de caminar que nadie conocía. Ni siquiera mi alma siempre aguda y viva.

Hoy me siento un extraño, frío, como si alguno me hubiese cercenado la esperanza. Cual si hubiese dejado no sé dónde la carne más amada.

Sé que soy, que respiro, que medito. Oigo mi eternidad sonar adentro. Pero algo falta en mí. Mi vida fluye como si huysese en una piel de muerto. Despacio anda mi alma. Nada sangra ni suda entre mis músculos. Me siento respirar como si hubiese regresado al origen de los mundos.

Soy, espero, camino. Sin embargo me han amputado algo. ¿La mirada? ¿El corazón? ¿El ojo? ¿La ternura? Me han amputado algo que me falta.